

dolor, pueden afectar la independencia de un anciano y su calidad de vida.

- Los asientos deben brindar un buen soporte corporal. Los tapizados mullidos, los respaldos bajos y la falta de apoyabrazos no brindan ayuda al usuario.

### Estudio de mercado

En la economía de mercado las empresas se enfrentan continuamente entre sí como competidoras, con el fin de abarcar el mayor número de compradores, por esto las empresas no se orientan exclusivamente por las necesidades de los futuros usuarios.

Esta aguda competencia puede tener dos formas de encaminarse:

- Diferenciar el producto.
- Imitar el producto.

La industria del equipamiento para ancianos en San Miguel de Tucumán ha dejado un inmenso vacío en la sociedad ya que este importante sector de la población no es tenido en cuenta por fabricantes proveedores de los comercios locales, ni por los pequeños comercios de muebles y afines.

### Conclusiones

El diseñador debe ayudar al anciano a sentirse mejor y reconfortado con su entorno, con sus enseres y equipamiento que le permitan realizar la mayor cantidad de actividades por sí mismos, recuperando en la medida de lo posible su independencia. Esto asegura una mejora en la autoestima y la dignidad del anciano. Superando

su marginación e incorporándose positivamente en el mundo social.

La adaptación del entorno a las necesidades específicas de los ancianos tenderá a mejorar la calidad de vida y a disminuir los accidentes dentro del hogar.

### Bibliografía

- Álvaro Page (1992).
- Carlos García, Ramón Moraga, Álvaro Page, Lourdes Tortosa, Vicente Verde
- Guía de recomendaciones para diseño de mobiliario ergonómico instituto de biomecánica de valencia. Grupo de biomecánica ocupacional
- Fundación MAPFRE
- Temas de ergonomía;
- Editorial MAPFRE; España.
- [cdeporte.rediris.es/revista/revista13/espalda.html](http://cdeporte.rediris.es/revista/revista13/espalda.html)
- [cest.fundacite.arg.gov.ve/Revista/magiecua.pdf](http://cest.fundacite.arg.gov.ve/Revista/magiecua.pdf)
- [www.gerontologia.com.ar](http://www.gerontologia.com.ar).
- [www.ciencia.vanguardia.es](http://www.ciencia.vanguardia.es).

**María Alejandra Urbio.** Diseñadora de Interiores y Equipamiento. Facultad de Artes Universidad Nacional de Tucumán. Argentina. Especialista en Diseño de Muebles. Facultad del Hábitat Universidad Autónoma San Luis Potosí. México. Especialista en Docencia en Nivel Superior. Universidad Tecnológica Nacional Regional Tucumán. Argentina. Docente U.N.T. Facultad de Artes: Cátedras: Legislación y Ética Profesional - Cultura y Diseño. Asesora empresa privada. Mobiliar. San Miguel de Tucumán. Actualmente desarrolla Tesis de Maestría en Docencia Universitaria. Argentina.

## Ni Macondo ni Macdonalds: otra América es posible

Acerca de la identidad latinoamericana.

Gustavo A. Valdés de León

### Introducción I

La identidad del sujeto es el resultado inestable de un proceso dialéctico, un efecto –o producto– de la mirada de un “otro” significativo, mirada que expone el deseo de éste y que se expresa como discurso. Este “otro”, a su vez, es también un efecto –o producto– del sujeto, al cual le atribuye, como si fueran propias de él, expectativas y demandas que luego el sujeto tratará, con mayor o menor empeño y con mayor o menor éxito, de satisfacer –esto es, de responder, en el sentido estrictamente comunicacional del término.

El sujeto, en tanto tal, se funda y se funde en el crisol de la mirada del “otro”, incluso la imagen que aquel percibe de sí mismo en el espejo deviene también en un “otro” –puesto que el sujeto, literalmente, no está en el espejo, puesto que la “imagen” que éste le devuelve, así como su mirada demandante, no “son” el sujeto como tal, pero lo constituyen.

En Latinoamérica el sujeto ha sido construido históricamente desde la imagen que el espejo europeo –luego norteamericano– le ha devuelto de sí, en tanto sujeto subordinado, subalterno, subsidiario y subdesarrollado. Poner en cuestión esa imagen en la que se enajena resulta indispensable para la emergencia de un sujeto con identidad propia, de un sujeto autónomo: desmontar el discurso hegemónico –negarlo, conservarlo y superarlo– en un gesto que lo emancipe de la alienación que lo asedia y haga posible la construcción –que será siempre una reconstrucción, siempre inconclusa– de su verdadera identidad.

A cambio de oro y piedras preciosas los castellanos entregaron a los aborígenes cuentas de vidrio y espejos de colores en los que se miraron –así fueron fascinados, así fuimos construidos.

Romper el espejo, entonces, mirarnos a nosotros mismos con nuestros propios ojos, mirar lo que efecto somos –Latinaje– es ahora una tarea urgente, necesaria y posible.

### Introducción II

El sujeto originario, el de las culturas aborígenes, no era todavía –al igual que sus conquistadores– sujeto de la Razón: habrá que esperar hasta 1637, fecha de pu-

blicación del *Discurso del método*, para que el sujeto racional irrumpa en la escena filosófica europea.

El aborigen, el objeto de la Conquista, es todavía un sujeto de la Naturaleza que se percibe como una parte de ella y de sus ciclos y avatares, cosmovisión que se refleja en su teogonía: los dioses, masculinos y femeninos, que ha creado representan las fuerzas del mundo material con las que convive y lo constituyen.

A esta multiplicidad de deidades los conquistadores oponen la terrible omnipotencia de un Dios único y militante que se corresponde con la unidad política de la monarquía española, absolutista y centralizada. Las tensiones y conflictos existentes entre las distintas etnias locales y la laxa autoridad de los “imperios” azteca e inca serán utilizados por los conquistadores para destruirlos, enfrentando aborígenes contra aborígenes. Como resultado, el sujeto precolombino fue aniquilado como tal por la violencia de la Conquista y por las enfermedades “importadas”, el trabajo forzado y los maltratos durante la Colonia; los escasos sobrevivientes fueron perdiendo su condición de sujetos de la Naturaleza en un largo y traumático proceso de transculturación, mediante la evangelización compulsiva y el mestizaje forzado: en el origen del sujeto latinoamericano hay siempre una mujer violada o entregada como objeto de placer a los conquistadores y el acatamiento, formal y a regañadientes, a una religión extranjera: el resultado fue –es– este sujeto híbrido que somos, el Latineje.

El sujeto cartesiano arribará tardíamente a Latinoamérica: la Razón como fundante del Ser del sujeto y la racionalidad de éste como fundante del objeto –esto es, la realidad “exterior”, la res extensa– mediante el recurso de la fundamentación, también racional, de la existencia de un Dios, llega de la mano de los enciclopedistas a fines del siglo XVIII, atravesando la intolerante censura eclesiástica y política de la época.

Aquel sujeto, eurocéntrico y racional, expresión ideológica del naciente capitalismo, moldeará al sujeto latinoamericano, o mejor, a lo quedó de él, a su imagen y semejanza:

Europa primero y Norteamérica después, se abocaron a la construcción de un sujeto que asuma como propia aquella racionalidad produciendo, históricamente, un sujeto peculiar, conflictuado y conflictivo, “en tránsito”, en busca de una identidad perdida, en definitiva, un sujeto en proyecto que, en tanto tal, se cimienta en el pasado –su verdadera historia, no la que le ha sido escrita– y se asoma hacia un futuro posible desde este presente contradictorio y problemático.

### 1. El mal-entendido original

Desde su origen la identidad, geográfica e histórica, de América nace de malentendidos, equívocos y azares. América, que aún no tiene dicho nombre, es el resultado de un grueso error geográfico de su descubridor, el Almirante de la Mar Océano, –ese Colón– que creyó hasta el fin de sus desdichados días que había arribado a las costas orientales de la India: la identidad de América, efecto del discurso colonial, surge signada por este error que persistirá en su primer nombre, “Las In-

dias” y la peyorativa denominación de sus habitantes originarios, los “indios”, es decir, nosotros.

### 2. El nombre

La publicación, en 1507, por el cartógrafo alemán Martin Waldseemüller, de la *Cosmographie Introductio* de Américo Vespucci (o Vespucio) navegante y cartógrafo florentino al servicio del Reino de Castilla, dio, azarosamente, nombre al recién descubierto continente: el designativo *Américo Terram* fue traducido como “Las tierras de Américo” y mas tarde simplemente como América –la feminización del término no es para nada banal.

Afirmar que América, nombre y continente, fue un invento no premeditado de un diseñador gráfico italiano o de una involuntaria errata tipográfica evidencia que lo “real maravilloso” signa su destino desde sus orígenes. De todas maneras, no va a resultar fácil para los americanos construir una identidad propia a partir de tamaños equívocos.

### 3. Intolerancias

Con su descubrimiento América empezará a ser construida por sus conquistadores desde una particular visión del mundo.

La España de los siglos XVI y XVII es una monarquía absoluta, su mirada es católica, intolerante, autoritaria, prejuiciosa y fundamentalista, enrolada en la misión sagrada de la Contrarreforma; no pudiendo hacer nada por impedir la expansión del protestantismo en Europa, la Corona hará de sus colonias un coto cerrado para imponer a sus habitantes la verdadera religión –con el auxilio de la fuerza militar, la coerción económica y el poder persuasivo de la Santa Inquisición.

Como consecuencia de esta vocación militante las ideas de la Ilustración europea empezarán a circular en América recién a finales del siglo XVIII y comienzos del XIX; el horizonte cultural de la Colonia será sumamente estrecho: teología, filosofía escolástica, latín, rechazo a la ciencia experimental y a las nuevas propuestas filosóficas y humanistas.

### 4. Otras intolerancias

Si la evangelización de los aborígenes –sumidos en el paganismo y la idolatría a los ojos castellanos– fue la coartada ideológica de la colonización hispana, la mirada del resto de las potencias europeas sobre los indígenas americanos no fue menos ideologizada –mirada que está construyendo un sujeto alienado.

Los atributos identitarios asignados a los aborígenes americanos –y por extensión, a los mestizos– son por demás descalificatorios y no ocultan su carácter racista. Así calificaban a los pueblos americanos algunos de los mas prestigiosos y políticamente correctos intelectuales de los siglos XVIII y XIX:

“inferiores y débiles”, “son como niños idiotas, incurablemente flojos, incapaces de ningún tipo de progreso mental”. (G. L. L. de Buffon)

“naturalmente inferiores” (David Hume)

“subraza no bien formada todavía o medio degenerada”, “incapaz de civilización” (Immanuel Kant)  
 “salvajes”, “pueblos sin historia”, “inferiores en todos los sentidos” (G. W. F. Hegel)

(Citas tomadas de Larraín Ibáñez, Jorge: *Modernidad, Razón e Identidad en América Latina*, 1996, Andrés Bello, Santiago de Chile.)

La mirada ilustrada sobre América y sus habitantes describe, impiadosamente, a razas que por su inferioridad natural, esto es, científica, y por su atraso moral e intelectual están destinadas (tal su destino manifiesto) a ser dominadas, explotadas y, eventualmente, exterminadas, en nombre de la Civilización, es decir, del capitalismo industrial. No resulta, pues, sorprendente que F. Engels celebre el despojo de California por la Unión puesto que (esos) “mexicanos flojos no sabían qué hacer con ella”.

Sobre la imagen distorsionada -e intencionada- que el espejo europeo les devuelve, los pueblos americanos fueron fraguando su identidad, en la medida que sus precarios medios intelectuales se los permitieron.

## 5. Otra vez, la cuestión del nombre

Los sustantivos América Latina o Latinoamérica (que es el que hemos elegido para este trabajo) designan, por un lado, una circunstancia geográfica –las regiones situadas al sur del río Bravo o río Grande– y, por otro, una realidad histórica –la de aquellos países que fueron conquistados y colonizados por los reinos de España y Portugal– son, también, una construcción europea y encubre una mirada racista.

El término “latino” calificando y discriminando a una parte de América adquiere significación política en el marco del “inviabile sueño imperial” de Napoleón III, quien pretendió imponer en México y por la fuerza la anacrónica monarquía de Maximiliano de Habsburgo, entre 1862 y 1867: la “latinidad”, en este caso de raigambre francesa, funcionó como coartada imperial frente al expansionismo norteamericano, de corte anglosajón. Con el paso del tiempo el término “latino” –para la mirada europea y norteamericano– se fue desplazando, semántica e ideológicamente, hasta terminar designando a un “otro” subordinado, racialmente inferior, poco afecto al trabajo, débil de voluntad, impredecible e inmaduro, en suma, latinaje.

## 6. El “Buen Vecino” (aunque no tanto).

En la actualidad Latinoamérica carece de verdadera importancia estratégica para los Estados Unidos, ensimismados en su imposible guerra contra el terrorismo internacional.

Por lo demás, históricamente han concebido al subcontinente como territorio propio, su patio trasero: la extinta Unión Panamericana, la Organización de Estados Americanos, la utópica Alianza para el Progreso, el Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca, la Escuela de las Américas han sido, entre otras, las políticas que el Departamento de Estado y el Pentágono han diseñado para ejercer su hegemonía, con la dócil e interesada co-

laboración –el viejo *malinchismo*– de sectores de las elites locales, desde la política del “Gran Garrote” de Theodor Roosevelt hasta los Tratados de Libre Comercio de George W. Bush.

El virtual “proteccionismo” norteamericano sobre Latinoamérica se ha concretado, en la práctica, mediante intervenciones militares directas –en el siglo pasado invadieron Nicaragua, República Dominicana, Granada y Panamá– e indirectas –entre otras, las más notorias: Guatemala, 1954, Cuba, 1961 y Chile, 1973– así como las presiones, políticas, económicas y diplomáticas a que someten a aquellos países de talante “populista” –categoría nunca definida con precisión, que puede incluir a regímenes tan disímiles entre sí como los de Getulio Vargas, Juan Domingo Perón, Hugo Chávez y, casi con seguridad, Evo Morales– a los que considera hostiles a la libertad de comercio y, en consecuencia, enemigos de la democracia representativa. Al mismo tiempo los Estados Unidos han avalado, cuando no apoyado con entusiasmo a las obscenas dictaduras militares y civiles que han assolado Latinoamérica, desde Leónidas Trujillo y Anastasio Somoza hasta Augusto Pinochet y Jorge Rafael Videla.

## 7. Las dos Américas

Si bien en la actualidad el término “latino”, por no mencionar el más agravante de “sudaca”, transporta una fuerte connotación peyorativa y descalificadora, la confusión semántica –que es también ideológica y política– se incrementa al constatar que en muchos países, incluso latinoamericanos, el término “americano” es equivalente al de “norteamericano” o con mayor precisión, “estadunidense”.

Desde su consolidación como república independiente las ex colonias británicas de América del Norte se apropiaron del término “América”, poniendo de manifiesto, quizá de manera inconsciente, su vocación expansionista y continental. Al autodesignarse como *The United States of America*, “America” y “americano” pasan a ser de su exclusiva propiedad, de allí en más, todo lo estadunidense será, automáticamente, “americano” y esa será su identidad nacional. Como consecuencia, para poder definir su identidad el resto de los nativos no anglosajones del continente no tuvieron otra alternativa que diferenciarse utilizando distintos aditamentos: latinoamericanos, sudamericanos, centroamericanos, afroamericanos, la apelación a su legítima americanidad les fue definitivamente apropiada.

El patético reclamo de los inmigrantes ilegales de origen hispano en Noreteamérica –“*We are Americans*”– ilustra con claridad esta situación.

La imagen de una identidad subalterna, no-americana, construida a partir de criterios geográficos y racistas por las elites europeas y norteamericanas, es asumida como propia por los pueblos latinoamericanos, no como una decisión autónoma sino como mera reacción defensiva, o complaciente, al discurso hegemónico del “otro” poderoso.

## 8. Ensayando “respuestas”

A lo largo de los siglos XIX y XX las elites políticas e intelectuales de Latinoamérica ensayaron diferentes respuestas a la cuestión de la identidad todas ellas teñidas, en mayor o menor grado, de connotaciones racistas, fiel reflejo del discurso dominante.

### 8.1. Aceptación acrítica del modelo europeo-norteamericano

Se acepta, sin resistencia, la inferioridad congénita de los pueblos americanos como resultado de la mezcla de razas que le dio origen, postulándose que la única manera de modernizar Latinoamérica consiste en mejorar la raza mediante la importación masiva de europeos, de preferencia anglosajones, en tanto razas vigorosas, emprendedoras y superiores. Ello no excluye la aplicación de medidas más expeditivas, tales como el exterminio físico de los “bárbaros”, esto es, los aborígenes: Julio Argentino Roca en la Argentina y la ignominiosa Campaña del Desierto. (La misma política fue implementada por los ganaderos de aquel país: la importación de ejemplares vacunos de razas prestigiosas –Aberdeen Angus, Shortorn, Hereford y otros– y su cruzamiento con el ganado criollo dio como resultado...la magnífica carne argentina).

Domingo Faustino Sarmiento (que inmortalizó el aforismo “Civilización o barbarie”), Juan Bautista Alberdi (“En América todo lo que no es europeo es bárbaro”) entre otros, son las figuras más representativas de esta respuesta fuertemente ideologizada que atribuye el atraso endémico de Latinoamérica a la inferioridad racial de su población mestiza.

En este contexto la Educación –con mayúscula– juega un rol fundamental: las ideas europeas, es decir, las de la Ilustración, primero, y las del Positivismo, después, tendrían la virtud de compensar la natural inferioridad de la población nativa. El círculo de la alienación se cierra inexorable: el oprimido trata empeñosamente de mimetizarse con su opresor, ser como él copiando, dócil, su cultura, su estética y sus modales; trata empeñosamente de identificarse en la imagen que la mirada del opresor le impone: “Yo es otro”, el “buen salvaje” se identifica con aquel que le ha atribuido tal condición. La irrupción del Positivismo y sus tesis del desarrollo por etapas sucesivas y necesarias (todos los pueblos del mundo deberán atravesar las mismas etapas que ha recorrido Europa para acceder a la Civilización) del progreso indefinido y de la omnipotencia despótica de la Ciencia han teñido de manera indeleble el pensamiento y la acción de Juan B. Justo, José Ingenieros y, en general, de gran parte del “progresismo” latinoamericano, hasta la actualidad: la “izquierda paleolítica” –según la feliz caracterización de Horacio Verbitsky– aún arrastra este estigma.

### 8.2. Exaltación –¿mística?– de la “raza americana”

Desde una posición opuesta, otros políticos e intelectuales han exaltado los valores positivos del mestizaje latinoamericano –aborígenes, hispanos, portugueses, africanos e inmigrantes de diverso origen– atribuyendo a esta raza la misión histórica de producir una nueva síntesis cultural (José Vasconcelos: *La raza cósmica*).

Esta versión acepta el racismo que impregna la visión europea sobre los pueblos latinoamericanos pero cambia su signo, negando su carga peyorativa, al tiempo que rechaza el racionalismo positivista y el pragmatismo tosco y materialista de Norteamérica.

De cara al agresivo expansionismo estadounidense posterior a la Guerra contra España (1898) esta tendencia adopta posiciones antiimperialistas: Rubén Darío, fundador del Modernismo y, en especial, José Martí son sus más destacados representantes. Se exalta el “idealismo” de las razas latinas en oposición al utilitarismo norteamericano, fruto de su origen anglosajón y su protestantismo militante. Algunas de las variantes de esta corriente de pensamiento se articulan con el hispanismo y la nostalgia de la Colonia católica y barroca: el nativo se reconoce en la imagen que el otro lo propone pero rechaza la valoración negativa que éste le adjudica: el aforismo alberdiano se invierte especularmente: “En América, todo lo que no es europeo ¡es bárbaro!”

### 8.3. Retorno al pasado

En su versión más radical la exaltación de los valores de la raza americana conduce al Indigenismo, al rechazo absoluto del modelo europeo y su consecuencia, del mestizaje, proponiendo un –imposible– retorno a las instituciones y cosmovisión de las civilizaciones precolombinas –el Paraíso perdido: al racismo explícito de la mirada europea el Indigenismo opone un contraracismo no menos explícito que enaltece “las virtudes milenarias de la raza” –con referencia a los pueblos originarios (Luis Emilio Valcárcel: *Tempestad sobre los Andes*).

Esta respuesta no es producto del accionar de las comunidades aborígenes transculturizadas y discriminadas en las repúblicas oligárquicas de la época, sino de una elite intelectual condicionada por concepciones románticas de corte roussonianas: las sociedades precolombinas, los “grandes imperios”, son percibidas como un “paraíso perdido”, al cual sería deseable retornar.

El carácter utópico de estas concepciones es evidente: aquellas sociedades, teocráticas y despóticas, estuvieron lejos de ser perfectas, por una parte, y por otra, los procesos históricos se despliegan en un transcurso temporal irrevocable, todo intento de volver al pasado, además de su imposibilidad fáctica, está condenado al fracaso por su flagrante anacronismo.

Los únicos resultados prácticos del programa indigenista fueron la creación de instituciones burocráticas que, con el pretexto de preservar la identidad cultural de las comunidades aborígenes, terminaron incorporándolas a las unidades nacionales, lo que determinó, de hecho, la pérdida de aquella identidad que se proponía conservar.

Un lugar destacado, en este contexto, ocupa José Carlos Mariátegui (1895-1930), ensayista y político peruano, quien fue el primero en aplicar de manera creativa y original el marxismo revolucionario al análisis de la realidad latinoamericana y en especial a la cuestión indígena (*Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana* y *En defensa del marxismo*, ambos publicados en 1929.)

## 9. Fragmentación política

Al calor de las tendencias que exaltaban el espíritu de la raza americana y en el marco de la irrupción de nuevos actores sociales en la escena política —el campesinado combatiente en la Revolución Mexicana, las capas medias de origen inmigratorio con el Yrigoyenismo en la Argentina, entre otros— empieza a consolidarse la idea de la “unidad latinoamericana” y de la “Patria Grande” (Manuel Ugarte, 1922) desde posiciones antiimperialistas, una de cuyas fuentes puede encontrarse en el proyecto utópico de los “Estados Unidos del Sur”, de los “ilustrados” argentinos y en el supuesto de que los líderes de las guerras de emancipación, en particular Simón Bolívar —así como algunos caudillos populares del período de las guerras civiles en Sudamérica, como José Gervasio de Artigas o Felipe Varela— postulaban la idea de la unidad política de Latinoamérica como respuesta estratégica a la vocación expansionista de los americanos del Norte. Más allá de sus proyecciones literarias y de su carga emocional, el ideal de la “Patria Grande” resultó inviable.

En efecto, una de las primeras consecuencias de la Emancipación latinoamericana, entre 1810 y 1825, fue la fragmentación territorial de las unidades políticas y administrativas de la Colonia. El “imperio” de México, que se fundó sobre el espacio geográfico del Virreinato de Nueva España, se vio despojado muy pronto de mas de la mitad de ese territorio (Texas, Nuevo México y California) por el irrefrenable expansionismo norteamericano. La Capitanía General de Guatemala, que abarcaba a la totalidad del istmo centroamericano, de Chiapas a Panamá, se fragmentó en cinco pequeñas e inviables naciones, a pesar de los esfuerzos políticos y militares de Francisco Morazán y de Justo Rufino Barrios, quienes pagaron con sus vidas su ideal unionista. El Virreinato de Nueva Granada, base territorial del sueño bolivariano de la Gran Colombia, se dividió rápidamente en tres países. Finalmente el Virreinato del Río de la Plata siguió la misma suerte: la Banda Oriental, el Alto Perú y el Paraguay, además de la Argentina, tras una sucesión de guerras civiles, se convirtieron en repúblicas independientes.

La única organización del período colonial que conservó, amplió y consolidó su unidad territorial fue el Imperio del Brasil, luego República Federativa del Brasil. La adhesión de sus dirigentes al ideario positivista, también compartido por Porfirio Díaz en México, quedó perpetuado en el lema “Ordem e Progresso” que ostenta su bandera.

## 10. La “unidad latinoamericana”: utopía y realidades

El desmembramiento de las antiguas unidades coloniales, además de la fuerza centrífuga de los regionalismos preexistentes, fue el resultado de la acción de poderosas oligarquías agrícolas y ganaderas locales —muchas veces asociadas a distintas formas de caudillismo— cuyos intereses no excedían del marco nacional y del acceso de su producción al mercado capitalista internacional. La ausencia de burguesías nacionales vigorosas, efecto de un modo de producción volcado a la exportación de

productos primarios, imposibilitó por largos años la creación de un mercado interno viable —condición necesaria para el surgimiento del estado-nación moderno. Los estrechos intereses de los hacendados, confinados al horizonte nacional, dieron como resultado la constitución de repúblicas oligárquicas, supuestamente liberales, en las cuales el juego democrático, la participación política y el acceso al poder quedaba limitado a las clases dominantes que, de esta manera, fueron consolidando su hegemonía política y económica.

En esas condiciones los ideales de “unidad latinoamericana”, proclamados con las mejores intenciones, estuvieron desde el principio condenados al fracaso. La única unidad que efectivamente se concretó fue mediante la creación de instituciones burocráticas, la Unión Panamericana primero y la O. E. A. después, organismos en los cuales, bajo el postulado de la “solidaridad continental” la influencia norteamericana es determinante.

Una de las escasas ocasiones en que la “unidad latinoamericana” funcionó eficazmente, por lo menos a nivel regional, fue durante el período de las dictaduras militares en el Cono Sur: los gobiernos de Argentina, Brasil, Chile, Paraguay y Uruguay implementaron el siniestro Plan Cóndor que facilitó la detención, traslado de un país a otro y posterior desaparición forzada de cientos de militantes políticos. La misma “solidaridad” fue practicada por los militares argentinos que actuaron como asesores de los gobiernos de Guatemala y de El Salvador en su lucha antisubversiva y de las fuerzas somocistas apoyadas por la Administración Reagan —los “contras”— que desde sus bases en Honduras hostigaban al legítimo gobierno sandinista de Nicaragua (1981-1982).

## 11. Guerras “entre hermanos”

Superada la etapa de las guerras civiles y apenas organizados como unidades nacionales los países de Latinoamérica, supuestamente hermanos, se han enfrentado entre sí en distintas guerras fratricidas.

La Guerra del Pacífico (1836-1839) tuvo como protagonistas a Chile, por un lado, y a la Confederación peruano-boliviana, por el otro, una de sus consecuencias fue la pérdida, por parte de Bolivia, de su litoral marítimo.

La Guerra de la Triple Alianza (1865-1870) enfrentó a la entonces pujante y próspera república del Paraguay contra el Imperio del Brasil, la Argentina y el Uruguay. La heroica resistencia del ejército de Francisco Solano López fue vana: al Paraguay perdió en combate a la casi totalidad de su población masculina, en tanto que, en la Argentina los “ilustrados” Bartolomé Mitre y Domingo Faustino Sarmiento pudieron llevar a la práctica sus postulados civilizadores: “No ahorre usted sangre de gauchos —escribe éste último a Bartolomé Mitre el 20 de noviembre de 1860— es lo único que tienen de seres humanos.”

La Guerra del Chaco (1932-1935), motorizada por los intereses contrapuestos de la norteamericana Standard Oil y la Royal Dutch Shell enfrenta a Bolivia con el Paraguay y concluye con la cesión de cerca de 240.000

kilómetros cuadrados del Chaco boliviano a favor del Paraguay.

Más recientemente, y ya en el territorio del “realismo mágico” como rasgo específico de la identidad latinoamericana, se desata la “Guerra del Fútbol” (1969) entre El Salvador y Honduras; en 1979 Argentina y Chile, regidas por sendas dictaduras militares, se enfrentan por la soberanía sobre el Canal del Beagle, el conflicto bélico pudo ser evitado a último momento gracias a la intervención personal de Juan Pablo II; y, finalmente, en 1995 estalla la “Guerra del Mono” entre Perú y Ecuador por la posesión de zonas en la cordillera del Cóndor. Todo esto sin contar a las numerosas guerras que algunos gobiernos de Latinoamérica libraron contra sus propios pueblos, entre otras la que emprendieron los generales guatemaltecos Efraín Ríos Montt y Oscar Humberto Mejía Victores en el marco de su política terrorista y que ocasionó la muerte de una cifra indeterminada de civiles, en su gran mayoría indígenas de la etnia maya-quiché, que oscila entre 100.000 y 250.000 –motivo por el cual la Justicia española ha reclamado la captura internacional de los ex funcionarios mencionados y la de otros militares implicados en el genocidio.

Más allá de los centenares de miles de muertos que estas guerras han ocasionado, en su mayoría soldados reclutados a la fuerza entre las capas más pobres de la población y civiles no beligerantes, el hecho de que hayan podido producirse muestra con claridad que los discursos oficiales y oficiosos acerca de la hermandad latinoamericana no son otra cosa que vanas y banales construcciones retóricas.

## 12. Una geología torturada

Si el sumario análisis de la diacronía no resulta estimulante el de la sincronía lo es menos aún. En efecto, como capas geológicas desordenadamente superpuestas, en Latinoamérica coexisten conflictivamente las más variadas formaciones económico-sociales, que describiremos a continuación.

- Precarias economías agrícolas de subsistencia, de carácter pre capitalista –por no decir pre colombino–, casi siempre asociadas a estructuras de propiedad y producción típicamente feudales: un minúsculo sector de terratenientes –familias “tradicionales” con arrestos aristocráticos– detentan la propiedad de la mayor parte de la tierra mientras miles de familias campesinas, en su mayoría indígenas, soportan relaciones de servidumbre o apenas sobreviven en minifundios escasamente productivos.
- Conglomerados económicos modernos, “en desarrollo”, empeñados en implantar en sus países –si bien de manera tardía– la Revolución Industrial, siguiendo el modelo de las naciones europeas del siglo XIX –pero en las condiciones de la Globalización asimétrica del siglo XXI.

En determinadas regiones de algunos países, Brasil, México y en menor grado la Argentina, estos actores han logrado edificar vigorosos polos industriales y aspiran a la modernización efectiva de las economías nacionales y a un tipo de participación menos

inequitativa en el mercado internacional, formalizando acuerdos regionales como el Mercosur.

- Grandes terratenientes, nacionales e internacionales, dedicados a la producción de bienes primarios de mínimo valor agregado con destino a la exportación. En algunos países, como la Argentina, estos sectores –popularmente designados como “la oligarquía”– constituyen un importante factor de poder y, en general, han sido el soporte político y burocrático –cuando no, ideológico– de los sucesivos gobiernos de facto que ese país ha soportado, en particular durante la segunda mitad del siglo pasado.
  - Enclaves manufactureros de baja tecnología que emplean mano de obra barata e informal, adecuados a los procesos de desterritorialización implementados por las grandes corporaciones transnacionales, que van desde las “maquilas” de México y Centroamérica –en las cuales se confeccionan prendas de primeras marcas para el mercado internacional hasta los talleres clandestinos de Buenos Aires y alrededores en los cuales viven y trabajan miles de inmigrantes ilegales en estado cuasi servil, explotados por empresarios que destinan los productos al mercado local.
  - Significativos sectores de la llamada “economía informal” o del trabajo “en negro” que producen y comercializan los más variados productos y servicios en el contexto urbano, controlado por organizaciones de corte mafioso al margen de la legalidad y que, en algunos casos, dan ocupación a tantos trabajadores como los que funcionan dentro de los sistemas legales.
  - Minúsculos pero sumamente hiperquinéticos y ruidosos guetos “posmodernos” cosmopolitas, alienados en el consumismo y la tecnología, réplicas serviles o aplicados clones de las últimas tendencias de las modas estéticas y filosóficas europeas y norteamericanas que, en general, como sucede en todos los epigonismos, reproducen vicariamente y con un atraso considerable fórmulas que fueron novedosas, incluso progresistas, en sus países de origen 20 o 30 años atrás pero que ahora y en otros contextos carecen de vigencia o, pero aún, han devenido reaccionarias.
- En los ambientes académicos esta tendencia se caracteriza por la compulsión a legitimar los postulados teóricos mediante el recurso, casi obsesivo, de citar masivamente a autores extranjeros prestigiosos, con marcada preferencia por representantes de los denominados post estructuralismo, post marxismo y diversos “post”: pretender aplicar al análisis de los problemas latinoamericanos las categorías ideológicas del posmodernismo, en un continente que aún no arribado a la Modernidad –pretender, por caso, deconstruir un sujeto que aún no está construido– es, por lo menos, impúdico.
- Nuevas formas de organización popular, tanto urbanas como rurales, que surgen al margen de las anquilosadas y desacreditadas estructuras políticas y sindicales tradicionales, y que de manera autónoma se movilizan por las más diversas reivindicacio-

nes: el acceso a la tierra o al trabajo, por una distribución mas equitativa del ingreso nacional, por los derechos humanos, los derechos de los indígenas y de las minorías y por la defensa del medio ambiente.

Las formaciones económico-sociales que hemos enumerado se disponen transversalmente, en el interior de cada uno de nuestros países, de distinta manera según la mayor o menor preponderancia de unas u otras en la economía nacional, el proceso histórico de cada país en particular, su disponibilidad de recursos naturales y fuentes de energía, su acceso a las tecnologías y su estructura de clases, configurando una cartografía compleja y laberíntica que se caracteriza por una enorme desigualdad en la distribución de la riqueza. Hasta aquí hemos intentado describir las circunstancias históricas, sociales y culturales en las cuales ha sido fraguado el sujeto latinoamericano, el latinaje; veamos ahora que alternativas nos ofrece le presente coyuntura histórica del capitalismo tardío, el Imperio único y la Globalización asimétrica.

### 13.1. Ni Macondo...

Macondo es la metáfora de la repetición de un presente inalterable que perpetúa un pasado perfecto –animista y barroco, indígena y colonial, patriarcal y conservador– apegado a la tradición, visceralmente refractario a la razón iluminista y a la Modernidad y constituye una respuesta obediente a la imagen de atraso secular e incorregible –el “sud desarrollo” crónico– que el espejo europeo ha construido de nosotros, el mundo de lo “real maravilloso”.

El “macondismo” ha reinado en Latinoamérica desde su Emancipación, su empecinada apología de las tradiciones ha enmascarado históricamente la defensa de las estructuras de dominación. Sus construcciones ideológicas acerca del “ser nacional” –jamás definido con precisión–, de las Fuerzas Armadas como la esencia misma de la Patria y su fundamentalismo clerical han proporcionado los argumentos doctrinarios de los nacionalismos de derecha y de los movimientos contrarrevolucionarios en Latinoamérica, desde los “cristeros” opuestos al laicismo agresivo de la Revolución Mexicana durante la presidencia de Plutarco Elías Calles –el primer presidente latinoamericano de extracción obrera– hasta los ideólogos y ejecutores de la Doctrina de Seguridad Nacional de los años setenta.

De origen rural, expresión de un romanticismo reaccionario, una de sus principales manifestaciones es la llamada “religiosidad popular” que consiste en el culto multitudinario de íconos sagrados o profanos: la adoración pública de imágenes avaladas por la jerarquía eclesíástica, como la virgen de Guadalupe, la de Luján, la de Itatí, la de Copacabana y muchas otras, o el Señor de Esquipulas o San Cayetano, pero también la “santificación” –no reconocida por la jerarquía– de personajes populares tales como el Gauchito Gil o la Difunta Correa (en la Argentina) a todos los cuales se les atribuye por igual propiedades curativas y milagrosas.

La erección de altares o santuarios en conmemoración de la muerte violenta de artistas populares (caso Rodri-

go) o la de fanáticos de grupos musicales (caso *Cromagnon*) víctimas de un accidente fatídico, también forman parte de este tipo de religiosidad de carácter sincrético, en la cual se mezclan y confunden de manera indiscriminada, creencias cristianas, supersticiones, temores arcaicos, pensamiento mágico, bajo nivel educativo y formas precapitalistas de protesta social: por esta vía las manifestaciones de la religiosidad popular se incorporan al ámbito urbano.

Al espíritu macondiano pertenecen por derecho propio personajes como el general mexicano Justo A. Santa Anna quien, siendo presidente de su país, hizo dar sepultura a una de sus piernas –perdida en combate– con los honores correspondientes a Jefe de Estado; Manuel Estrada Cabrera quien gobernó Guatemala con mano de hierro por 22 años consecutivos –inmortalizado por Miguel Ángel Asturias en *El Señor Presidente*, como prototipo del dictador latinoamericano– así como el general Miguel Idígoras Fuentes quien, en su carácter de presidente de aquella nación, se presentó ante las cámaras de televisión enlazadas en cadena nacional para realizar una exhibición gimnástica y demostrar, de este modo, que no estaba “enfrascado”, esto es, sometido a un maleficio brujo –como afirmaban sus opositores–; y, por supuesto, Francois Duvalier, Papá Doc, que incorporó al ejercicio del poder político la práctica de la magia negra –el vudú– gracias a la cual y a su brazo armado, los “tontons macoute”, logró no sólo ser proclamado presidente vitalicio del Haití sino heredar dicho título a su hijo Jean-Daniel,

Estos gobernantes –y muchos otros, y esto también es “macondismo”– se asociaron con empresas norteamericanas como forma de legitimar su barbarie ante la civilización, la que no tuvo dificultades, ni éticas ni estéticas, en aceptarlos como adalides de la cultura occidental y cristiana, en especial durante el período de la Guerra Fría.

Sin pretender cuestionar sus valores estéticos y etnográficos del folclore, tanto aquel de raíz aborigen como el de raíz mestiza, termina siendo funcional al “macondismo” en tanto se esfuerza por conservar los estereotipos rurales y arcaicos de sus orígenes, estereotipos que para la Modernidad no son otra cosa que restos incómodos del pasado, que aún sobreviven, tanto en la Latinoamérica profunda, campesina y precapitalista, como en los cordones de viviendas precarias que rodean a las grandes ciudades, pobladas por migrantes internos o de países limítrofes expulsados de sus lugares de origen por la violencia política o la desocupación crónica.

El pensamiento mágico y el voluntarismo omnipotente también forma parte del mundo de Macondo, en ese sentido es un –dramático– ejemplo la imposible Revolución que en 1932 encabezó el Partido Comunista de El Salvador, liderado por Farabundo Martí que se proponía instalar una república soviética en aquel minúsculo país centroamericano y cuyo resultado fue el fusilamiento de cerca de 10.000 trabajadores urbanos y campesinos –incluyendo a la dirección del Partido– en manos de las tropas del tiranuelo de turno, Maximiliano Hernández Martínez quien quedó en la historia estigmatizado como “el Teósofo Fusilador”: la represión desatada tras el fracaso de esta Revolución retardó por

decenios el surgimiento de alternativas progresistas en aquella nación: el “realismo mágico” de Macondo suele asumir también un rostro trágico y sangriento.

### 13.2. ...ni Macdonalds.

El modo capitalista de producción que impera en la actualidad en casi todo el mundo civilizado es el resultado de un largo proceso histórico que comienza en el último tercio del siglo XVIII en Gran Bretaña, que tras lo que Karl Marx denominó “acumulación originaria” (de capital), se desarrolla aceleradamente en algunos países europeos y en Norteamérica en el siglo XIX –la llamada Revolución Industrial, en sus dos etapas– y alcanza su clímax a fines del siglo XX con la “Tercera” revolución que ya no es industrial sino tecnológica y que afecta en especial a las áreas de la informática y la comunicación.

En la producción histórica del modo de producción capitalista intervinieron una gran cantidad de variables, entre las cuales la fe protestante de las sociedades involucradas no constituye un dato menor, según el todavía vigente análisis de Max Weber.

Este proceso fue, desde sus inicios y como no podía ser de otra manera, de carácter desigual y condujo a una tajante, creciente e irreversible división entre países industrializados o desarrollados y países subdesarrollados o, mas piadosamente, en vías de desarrollo. Mientras los primeros se presentan como un bloque relativamente homogéneo y dictan los destinos del mundo (el Grupo de los Ocho o G-8, inicialmente – 1973– formado por los Estados Unidos, Gran Bretaña, Alemania, Japón y Francia, al que luego se fueron incorporando sucesivamente Canadá, Italia y, por último, Rusia) en tanto que los demás, nada menos que el resto del mundo, se presentan dispersos, desorganizados y, peor aún, enfrentados entre sí.

La brecha tecnológica existente entre unos y otros es enorme y crece de manera exponencial, en función de los recursos que gobiernos y empresas pueden destinar a la investigación científica de base y a su implementación técnica. En esas condiciones transferir –o intentar transferir– los avances instrumentales del mundo desarrollado a las raquíticas economías latinoamericanas –sin plantear y resolver previamente problemas estructurales como la tenencia de la tierra, la creación de un mercado interno y la integración democrática de las mayorías marginadas, indígenas o mestizas, a la sociedad civil– carece, en absoluto, de sentido: en última instancia la publicitada Modernización no es una cuestión económica –y mucho menos, tecnológica– sino una cuestión política que implica una crítica y una transformación radical de las instituciones existentes en los sistemas de la democracia representativa.

En la historia reciente de Latinoamérica hay experiencias de modernización de las estructuras económicas “macondistas” que fueron aniquiladas por la cerrada oposición de los sectores conservadores que temían perder su status de privilegio aliados a las corporaciones internacionales supuestamente “modernizantes”: un caso paradigmático se presentó en Guatemala en 1954, como se verá a continuación.

En 1952 el gobierno de Jacobo Arbenz –el segundo de carácter democrático en más de 100 años de existencia del estado nacional– puso en marcha una moderada Reforma Agraria que se proponía “establecer en el campo relaciones capitalistas de producción” para conformar un mercado interno dinámico y moderno y el Estado de Bienestar. Agitando el espantajo del “comunismo internacional”, en medio del delirio paranoico de la Guerra Fría, los terratenientes latifundistas, propietarios de la mayor parte de la tierra apta para el consumo, agrupados en la Asociación Guatemalteca de Agricultores, con el apoyo incondicional de la Iglesia pre conciliar y las empresas norteamericanas –la United Fruit Company– lograron que el Departamento de Estado interviniera a su favor y que el gobierno de Guatemala fuera sancionado por la O.E.A. –siempre obsecuente a los intereses de Washington– legitimando la invasión de mercenarios reclutados y adiestrados en la hermana república de Honduras –por entonces gobernada a discreción por algún militar adicto– que abortaron el proyecto modernizador en marcha e impusieron un régimen de facto que trajo como consecuencia una cruenta guerra civil que, a su término –cuarenta años después– dejó como saldo más de 200.000 muertos, en su mayoría indígenas, centenares de aldeas y caseríos arrasados y alrededor de un millón de desplazados que se refugiaron en territorio mexicano: el proyecto modernizador de la Revolución Guatemalteca, democrático y autónomo, fue aniquilado y, en la actualidad, aquel país sigue siendo el mismo país atrasado e imposible de 60 años atrás.

Juan Domingo Perón en su primera presidencia (1946-1952) puso en práctica en la Argentina un proyecto modernizador, rápidamente estigmatizado por “populista” por los centros del poder, que estableció el primer Estado de Bienestar en Sudamérica, con pleno empleo, dignificación del trabajo e incremento sustancial de la participación de los trabajadores en el reparto del ingreso nacional; no obstante, en 1955 fue derrocado por un golpe cívico-militar –que sarcásticamente se autodesignó como Revolución “Libertadora”– apoyado con igual entusiasmo por la oligarquía ganadera, el radicalismo y los partidos de la izquierda criolla; este fue el primero de una serie de golpes de estado que en el lapso de 20 años derrocaron tres gobiernos constitucionales –Arturo Frondizi, Arturo U. Illia y María E. Martínez de Perón– dando inicio en la Argentina al baño de sangre por todos conocido.

El otro intento modernizador frustrado fue el del gobierno de la Unidad Popular en Chile, encabezado por Salvador Allende, quien en 1973 cae defendiendo la sede presidencial, la Casa de la Moneda, de las tropas de Augusto Pinochet; este golpe, protagonizado por la sectores mas reaccionarios de la sociedad chilena, contó con el apoyo y la financiación del Departamento de Estado, la C.I.A. y empresas norteamericanas: parece claro que la única Modernización que los países desarrollados están dispuestos a tolerar es aquella que privilegie sus intereses por encima de los intereses nacionales del país en cuestión, la única modernización posible es, desde esta mirada, la “Macdonalización”.

La “macdonalización” de Latinoamérica se empezó a poner en práctica en las década de los 70 aplicando el

recetario neoliberal de los por entonces llamados los “Chicago Boys” y del Fondo Monetario Internacional: apertura irrestricta del mercado nacional a la economía mundial globalizada, con el consiguiente ingreso masivo de productos importados y la ruina de las incipientes industrias nacionales; la privatización compulsiva de las empresas públicas por la cual sectores estratégicos del Estado –energía, comunicaciones, seguridad, salud, educación, seguro social– fueron transferidos en condiciones extremadamente favorables a corporaciones transnacionales según la fórmula, muy publicitada en esa época, de que “achicar el Estado es agrandar la Nación”. El recetario incluye, además, el mas estricto control del gasto público –la demonización del déficit fiscal, reduciendo al Estado a mero administrador incapaz de generar políticas sociales– y la más absoluta libertad de mercado. El modelo neoliberal fue impuesto por la fuerza en Chile y la Argentina por los gobiernos de facto que ambos países soportaban y, posteriormente, profundizado durante la década de los 90 por el menemismo –en la nación del Plata– con la Ley de Convertibilidad mediante la cual, mágicamente, un peso equivalía a un dólar.

La importación, imitación e implantación forzada de los modelos norteamericanos de acumulación, producción y consumo –*The American Way of Life*– generó en amplios sectores de la población la ilusión de pertenecer al Primer Mundo: la producción estandarizada de comida “chatarra” produce un consumidor “chatarra” que disfruta vicariamente aquella ilusión al adoptar una de sus mas degradadas formas de consumo. Respuesta obediente al mandato de modernización compulsiva del capitalismo tardío, aceptación resignada –o entusiasta– de los imperativos de la Globalización y culto servil y acrítico a “la” Tecnología: todo esto es el “mundo feliz” de Macdonalds.

En el caso argentino la época dorada de las vacaciones en el Caribe y del “dème dos” dio paso a una de sus crisis mas profundas que puso fin al gobierno de Fernando de la Rúa y dejó como saldo una enorme deuda externa, un alto nivel de desocupación, mas de la mitad de la población sobreviviendo por debajo de la línea de pobreza, el desprestigio de la dirigencia política tradicional y un aparato económico desmantelado: en el fondo de la “cajita feliz” se agazapaba una pesadilla.

### 13.3. Otra América es posible.

Ni Macondo ni Macdonalds constituyen alternativas viables en Latinoamérica: cada una, a su manera no hace otra cosa que reflejar la imagen sin Ser que el espejo global le devuelve. La historia ha fraguado un sujeto que ha sido expropiado de su ser, es hora, pues, de proponer algunas acciones que nos permitan, al re-construirlo, re-construirmos.

### Apropiación de lo propio

Recuperación y puesta en valor de la producción artística e intelectual de los autores latinoamericanos,

rica y original, poco conocida –a excepción del puñado de escritores canónicos– fuera del espacio local o nacional e históricamente devaluada y subestimada –inclusive en los ámbitos académicos– para poder asumir, sin los complejos de inferioridad que el Occidente ha tratado que hagamos propios y naturales, nuestra mayoría de edad y nuestra propia voz –por más que ésta pueda sonar discordante, desafinada o díscola.

### Expropiación de lo utilizable del “otro” (o antropofagia constructiva)

Apropiación crítica, esto es, en función de sus valores alimenticios y sin complejos de culpa, de los aportes científicos, técnicos, artísticos y filosóficos de los países avanzados, sin perder de vista que tales aportes han sido producidos en contextos diferentes y con objetivos de dominación, por lo que no pueden arrogarse pretensiones de validez universal; concediendo una particular importancia a aquellos autores que han experimentado en sus países situaciones de subordinación similares a las nuestras, tales como Franz Fanon, Edward Said o Slavoj Zizek, entre otros, así como las voces disidentes que surgen desde las entrañas del “otro” –Noam Chomsky, Naomi Klein y muchos mas.

### Unidad en la diversidad

A nosotros, los latinoamericanos, nos une lo que nos diferencia: son, precisamente, esas diferencias –regionales, nacionales y locales– las que constituyen nuestra identidad, que no es “una y sola” sino múltiple y contradictoria. La identidad por la diferencia –que no excluye los localismos étnicos y culturales– es nuestra forma de resistencia activa a la Globalización asimétrica que a la diferencia opone la indiferencia, la indiferenciación y la disolución del sujeto, reducido a mero consumidor.

### El espejo roto

Como latinoamericanos que todavía somos a nosotros nos cabe la responsabilidad –diríamos, ontológica– de trizar el espejo extranjero y la mirada que desde él nos ha ido construyendo –o destruyendo, que viene a ser lo mismo– y con lo aún nos queda, que no es poco, reconstruir con esfuerzo y pasión nuestra propia identidad, que será imperfecta, impura e incompleta pero nuestra, rechazando de una vez y para siempre la minoridad congénita que se nos ha tratado de imponer y en virtud de la cual hemos sido dominados por demasiado tiempo, para reconocernos como sujetos autónomos, libres de interesadas tutorías: latinaje con vocación de futuro.

Otra América es posible.

Gustavo A. Valdés de León. Universidad de Palermo. Argentina.